



F. Cheng. E.
95.

ALFONSO REYES, EL DESLINDADOR

César Chávez Taborga

I

Cuando se hurga el proceso de la literatura hispanoamericana del siglo XX, la primera constatación que surge, luminosa y alta, es la presencia de Alfonso Reyes, **ensayista**. Dotado de inteligencia superior, de alma transparente y de un inquieto espíritu creador, este prosista mexicano hizo del **ensayo** el instrumento más apto para la versión de su pensamiento, su voz y su escritura.

Vocación plural la suya para el tratamiento del hecho literario, todos los géneros de la escritura le fueron familiares. Y aunque rehusó, por temperamento, encasillarse en "ismos" de escuelas y tendencias, no pudo escapar, sin embargo, al espíritu de su tiempo. Y es que el hombre, en tanto ser histórico, pareciera no gozar de autonomía plena en su pensar, sentir y producir.

Así, sin duda, Alfonso Reyes. Poeta parnasiano en un comienzo, supo dominar, con agilidad y pulcritud, las técnicas y los recursos más complejos de la poesía lírica. Con este dominio, pasa con soltura de aire al poema simbolista. Y aquí juega con la metáfora y se deleita con la imagen expresionista, amasada con la **delicadeza del más puro sentimiento humano**.

Dueño ya de este camino incursiona, con animada fantasía, en el intrincado y amplio territorio de la moderna narrativa: el cuento y la novela. Todo lo que el poeta tiene de poesía, lo traslada y lo refunde en estos géneros literarios, con lenguaje terso y **delicada expresividad**. Así en **El plano oblicuo**, libro de **narraciones** pleno de sugerencias estéticas del momento europeo, como en el **cuento** "La Cena", evocador de circunstancias mexicanas lindantes en lo cotidiano y lo fantástico. Una y otra obra bastarían, como han bastado ya, para que el crítico más exigente y el antologador más pulcro recogiesen, con ánimo entusiasta, el nombre de Alfonso Reyes **narrador**.

En Reyes, se ha dicho ya, casi todo es poético y toda configuración estética. Su verso y su prosa se confunden y disputan, sin solución, los fueros de la imagen y la metáfora. Pero también la gracia, la claridad y la elegancia del estilo.¹

Si algún impaciente y dogmático preceptista tuviese la pretensión de fijar fronteras entre el verso y la prosa de este autor, seguro que emprendería una tarea casi imposible, aún recurriendo a las teorías y los métodos "deslindantes" del propio Reyes. Y es que lo literario (o "literariedad" como se conoce actualmente) anticipación de toda literatura, es en él fermento y vocación, expresión artística y tratamiento fenomenológico.

II

“Identidad de estilo y pensamiento”²

Pero donde escritor y pensador se unifican es una radical inteligencia, donde talento y versatilidad inquisitiva encuentran comunión y realización plenas, es el género ensayístico. Aquí Alfonso Reyes se convierte, con mano segura, en “el centauro literario” como él mismo define al ensayista.

A nuestro entender, con este símil alude, más que al ser mitológico, a esa constelación de estrellas que derrama (y a veces derrocha) luz perenne. Y es que el ensayo es, sin duda, el género más completo y más difícil de lograr. A mi modo de ver, en él confluye una rica variedad de ingredientes: no sólo el pensar como pensar, sino el saber pensar. No sólo las temáticas más diversas, sino el entretendido de sus formas. No sólo la novedad, sino la creatividad más aguda. No sólo la logicidad argumental, sino la precisión conceptual. No tanto la preocupación heurística, cuanto el sentido del mensaje. No tanto el texto acabado, cuanto su estructura abierta y sugerente. Y para cerrar este cuadro tentativo, diría que no tanto el rigor doctrinario, cuanto el juego alternado de las claves estilísticas.

o o o

Pensadores y críticos que han tratado la obra de Alfonso Reyes lo señalan como uno de los máximos exponentes del género en América hispana. Esta apreciación, certera, ha sido expuesta por los mayores tratadistas de la literatura de nuestros días: desde Guillermo de Torres hasta Díez-Canedo, entre los españoles. Y en

América, desde Borges hasta Picón Salas y Medardo Vitier; desde Luis Alberto Sánchez y Enrique Anderson hasta Pedro Henríquez Ureña; y desde Alberto Zum Felde hasta Raymundo Lida. Y entre sus coterráneos están Carlos González Peña, Manuel Olgún, José Luis Martínez, Manuel Méndez Plancarte, Martín Luis Guzmán y Edmundo O'Gorman. Unos, los más, han celebrado al ensayista-meditador; otros, los menos, aplaudieron al poeta y narrador. Pero todos, por igual, admiraron al esteta y pensador, y al hombre excepcional por su calidad humana.

Para reafirmar, con testimonios, esa talla y esa calidad de Alfonso Reyes pensador y ensayista, acaso valga recoger el juicio de dos críticos de jerarquía. "Ningún escritor hispanoamericano — sostiene Zum Felde³ —, ha logrado como Alfonso Reyes aunar en su pensamiento y en su estilo (identificando estilo y pensamiento), la erudición con la gracia y ambas con la agudeza crítica". Y agrega: "De esta difícil consustancialidad intelectual y estética, proviene la singular personalidad, en el campo de la ensayística literaria, de quien es, sin duda, el mejor escritor mexicano contemporáneo y uno de los mejores de todo el continente".

Para Anderson, por su parte, "Alfonso Reyes es, sin ninguna disputa, el más agudo, brillante, versátil, culto y profundo de los ensayistas de hoy, en toda nuestra lengua"⁴. Y conste que los hay grandes en nuestra América: Rodó, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Martínez Estrada, Mariátegui, Aníbal Ponce, Picón-Salas, Uslar Pietri, José Ramón Medina, Octavio Paz, Mallea, Sábato, entre quienes me son más conocidos y allegados espiritualmente.

III

“Ya no es tiempo de cantar, sino de definir”⁵

Penetrar y recorrer el mundo ensayístico de Reyes, es tarea paciente, de vigilia y sueños. Obra múltiple y compleja la suya, su vastedad recoge temáticas universales, hispanoamericanas y nacionales. Viene desde los últimos rincones de la cultura clásica hasta los límites de la moderna, pasando por el Renacimiento y el “Siglo de Oro” hispánico, hasta traspasar la “España invertebrada” de Ortega y Gasset.

Hay que saber leer y meditar en la lectura, para poder orientarse y caminar, con sol o brújula, en la selva ensayística alfonsina, a pesar de lo sugestiva y cautivante que es. Y como tiene ensayos mayores y menores, como todo crítico, aún en los menores hay que ponerle atención, ya por la novedad del tema, ya por la forma de tratarlo. O también, generalmente, por esa fresca cordialidad con que lo hace, como en **Simpatías y diferencias**, sobre todo al referirse a los escritores españoles de ayer y de siempre.

o o o

Dada la naturaleza de esta apertura a **El deslinde**, su obra mayor y más densa, no cabe la enumeración de toda la ensayística de Reyes. Pero sí es dable señalar preocupaciones y antecedentes. Asumida la conciencia de escritor, su voluntad primera es llegar a las fuentes mismas del saber clásico. Así Reyes dirige, desde temprano, la inquietud de su mirada hacia la historia y la literatura del mundo griego y el escenario latino. Y es que sabe, por anticipado, que aquí se encuentran las raíces primarias de la Cultura Occiden-

tal, de la que bebemos y vivimos, y en la que padecemos y morimos, fundamentalmente.

De esa excursión helénica recoge, meditados, los ingredientes básicos para su obra de humanista y escritor. Ellos desembocarán, años más tarde, en los prolegómenos de una Ciencia de la Literatura, afanosamente buscada en las páginas de **El deslinde, escritas en 1944**.

El tránsito comienza en 1911, en París, con **Cuestiones estéticas**, cuando su autor contaba 21 años. “Es asombroso descubrir cómo en esta obra primogénita se hallan encapsulados los gérmenes de muchos de sus libros futuros”, comenta un ensayista y crítico español.⁶

Luego vendrá, erudita y sugeridora, **La crítica en la edad ateniense**, destinada a constatar, en sus fuentes, el ejercicio de la crítica teatral, desde Aristófanes hasta Dionisio de Halicarnaso. Y por la misma ruta llegarán, con temáticas diferentes del mismo contexto cultural, sus **Estudios helénicos** y su **Afición de Grecia** hasta **La antigua retórica**, su última cosecha.

Sin embargo, una estimación más completa de los antecedentes del **corpus** argumental de su teoría, lleva a señalar dos ensayos capitales de Reyes: **La experiencia literaria**, de meditación y vivencia más personal y sus **Tres puntos de exegética literaria**, donde se destaca, sobre todo, su concepción de la historia.

IV

Los caminos del artista

Por el ejercicio pleno de su inteligencia y por su entrega temprana a la escritura, Alfonso Reyes es un intelectual nato. Aunque abogado de profesión, jamás llegó a tribunal alguno para acusar o defender. Tampoco, naturalmente, ocupó silla alguna en la magistratura. ¿Quién podría imaginarse a Reyes litigante o Reyes magistrado? Ni una ni otra postura visitaron su vigilia.

Y ocurrió con él lo que con algunos abogados de talento: se fue por las letras, la diplomacia y la docencia. Para estos menesteres tuvo clara y definida vocación. Pero el jurista que de alguna manera había quedado en él lo convierte, ahora sí, en “abogado” de la literatura y en fijador de sus interrelaciones con otros saberes y otras disciplinas culturales.

Pero como el **saber** es cosa que se adquiere no para sí mismo sino para compartirlo y disfrutarlo socialmente, Reyes se entrega también a la docencia. Sabe que educar —según la antigua paideia, como Jäeger lo ha demostrado— es llegar al hombre para redimirlo. Y redimirlo por donde se debe: por la formación de su conciencia para el uso de su libertad. Así tenemos a Alfonso Reyes, Maestro en el Arte de Escribir y Maestro en el Arte de Enseñar. De esta doble alcurnia intelectual está hecha su condición de humanista y su forma de vivir.

Es, pues, en el ejercicio de la cátedra donde ve la luz, palpita y crece su teoría deslindante. ¿Pero qué es lo que deslinda? Para

decirlo en dos palabras: la literatura de la no-literatura. O mejor, más esencialmente: lo literario de lo no-literario, “el movimiento del espíritu y el dato captado por ese movimiento, la noética o curso del pensar y la noemática o ente pensado”⁷, haciendo uso del método fenomenográfico.

Pero Reyes no se detiene ahí, sino que de ahí parte. Configurado el cuerpo metodológico, se aboca a nuevos deslindes: primero con la historia, luego con la ciencia de lo real. Examina en ambos casos el hecho fáctico y su postura teórica para llegar, con claridad, a la ficción literaria y al producto poético.

Sin embargo, su indagación extiende y profundiza sus perspectivas: va al encuentro de otras disciplinas como la matemática y la misma teología para extraer sus esencias y someterlas a deslindes irrecusables con la literatura. Más no con la literatura ancilar, que por serlo deja de ser literatura, sino con la que no admite “contaminación” y agota en sí misma su propio objeto”⁸

V

La historia: tema y problemática

Sería pretencioso de nuestra parte el intento de seguir a Reyes en todas sus disquisiciones formales, sabias por lo demás. Obligado como estoy a iniciar la apertura de **El deslinde** para ofrecer una muestra de su metodología, intentaré hacerlo a través del humanísimo laberinto de la historia, como tema y problemática.

Pero, entonces ¿qué es la historia? Terrible interrogante. Si para el viejo Heródoto, su padre y creador, no es otra cosa que “investigación de la **res-gestae**”, para Reyes “es el suceder humano en particular”.⁹ No le interesan sus distintas concepciones y por ello no se detiene en la clasificación de Bernheim (historia narrativa, historia pragmática, historia genética). Tampoco en la historia marxista, aunque reconoce, de buen grado que ésta, por basarse en la interpretación económica, “opera un vuelco semejante al de la revolución copernicana”.¹⁰

Acaso por afinidad espiritual, acepta más bien la concepción de Toynbee y le sigue en su esquema metodológico. Pero no es una aceptación mecánica ni subalterna, sino crítica. Por eso declara un tanto risueño: “... Ya lo sigo, ya me alejo de él gradualmente, ya lo rechazo y aun lo abandono. Su fin no coincide con el mío (...): El va a dilucidar la historia, Aquí se intenta dilucidar la literatura”.¹¹

En todo caso, de un modo general, establece que la historia es una ciencia “dotada de cierta **singularidad**”. Y es esta nota la que señala la distinción de las demás ciencias de lo real.¹² Hasta aquí, su primer deslinde. Sin embargo, diríamos que esa “cierta singularidad”, aunque es de la historia, es también de todas las ciencias y disciplinas: por algo la historia no es la física, como tampoco la geografía es la matemática, ni la cibernética es sociología.

Para la Teoría de la Historia —y más específicamente para la Filosofía de la Historia, desde fines del siglo XIX—, hay dos notas esenciales caracterizadoras del hecho histórico: la **irreversibilidad**, cuya base se asienta en la temporalidad; y la **trascendencia**, fisonomizada por el cambio que afecta, para bien o para mal, la realidad social y la interrelación humana. Pero Reyes, acaso por

esquemmatizar la exposición o por didactizar el mensaje, no quiso recogerlas, que de haberlo hecho, le hubieran prestado un valioso servicio a su deslinde fenomenográfico.

VI

“Mecidas en la misma cuna”...¹³

Ahora, la historia y la literatura. No podría ingresarse al tratamiento de estas disciplinas —longevas y universales ambas y ambas complejas y seductoras—, sin una referencia previa al instrumento deslindador de Reyes: su vocabulario técnico. Explorador de muchos universos culturales, hace uso alternativo de metodologías provenientes tanto de la fenomenología cuanto del pragmatismo.

En uno y otro caso, acarrea para su repertorio lingüístico términos que no son ni de la literatura ni de la historia. De la física, por ejemplo, utiliza los de “Convexo” y “resistencia”; de la biología, “mutación”; de la medicina, “contagio” y “contaminación”; de la economía política, “préstamo”, “empréstito” y “beneficio”; de la administración, “servicio” y hasta “voluntad de servicio”.

o o o

Hay, para Reyes, una “literatura en pureza” —que no “literatura pura” y una “literatura aplicada”, o ancilar. Adquiere este último carácter cuando el escritor recurre al “préstamo” de lo literario a lo no-literario. En este sentido “es literatura aplicada la historia escrita con belleza literaria de estilo y forma”.¹⁴

Así también las otras ciencias y disciplinas. Y es que lo literario, según la teoría alfonsina, no puede jamás no ser literario, so pena de negación absoluta y muerte inexorable. Pues la literatura —lo ha repetido y explicado cien veces— agota en sí misma su propio objeto: el ser literatura.

Los “préstamos” tienen alcance total, parcial o esporádico. Comprensibles de suyo, no requieren de nuestra parte explicación ni ejemplificaciones. Por el otro lado, están los “empréstitos”, como cuando una expresión no literaria (procedente de otra ciencia o disciplina) es usada dentro del texto literario. En este caso el “empréstito” es de carácter esporádico, pues un “empréstito total” jamás podría darse ya que convertiría a ese texto en obra no literaria.

Cosa distinta es, sin embargo, que la obra literaria aproveche, hasta donde le convenga, temas o asuntos no literarios, como ocurre con frecuencia con el cuento, la novela y el drama, sobre todo. Mas en este caso se trataría de “ensanche temático” y, por lo tanto, de beneficio para la literatura, sin perturbar ni modificar su esencia.

Aunque nacidas y mecidas en la cuna de la mitología, historia y literatura se separan y conservan, cada una a su manera, su fuero y patrimonio, bien que la concepción misma de los entes históricos se hace por estilo de fingimiento. A pesar del nacimiento común, parecería que la historia en tanto historia padeció estancamientos en su proceso de desarrollo de definición. En cambio la literatura fue siempre literatura desde su nacimiento. Pero la historia, a su vez, puede quitarse el ropaje “contaminante” de la literatura y seguir siendo lo que es: historia. Acaso porque la literatura nació literatura, “podría ser citada como testigo ante el tribunal de la historia”.¹⁵

Nuestra intención, al abordar este deslinde, no ha sido sino la de ofrecer una que otra muestra de “préstamo”, “empréstito” y “ensanche” por una y otra parte. Proceder de otro modo requeriría de mayor tiempo y mayor estudio, dada la complejidad, erudición y riqueza de la obra alfonsina.

Para cerrar el esquema, acaso podría citarse un ejemplo más de “contaminación” de la historia por la literatura. Y este sería el caso de la **biografía**. ¿Por qué ocurre esto así? Por dos motivos: primero, porque el hombre, ser histórico como lo es, está metido siempre en el engranaje del acontecer social, por muy privada que su vida sea. Y segundo, porque el biografiado es fundamentalmente un ser cuya vida, en tanto personaje público, está en la historia, hace historia y es objeto de la historia.

Cuanto más inserción tenga su vivir y su actuar en la sociedad, tanto más arraigado estará en la historia, aunque no lo quiera o lo ignore. Así Julio César, Napoleón, Maquiavelo, Kant o Hegel. “Sin ir más lejos —señala Reyes con acierto— en José Vasconcelos los motivos y pasiones del hombre privado o del público se enredan con aire de alegato y defensa”. En todo caso, la biografía recoge gran parte de la historia, ya para recrearla o ya para darle mayor nitidez y alcance.

Finalmente, en Reyes hay algo que merece destacarse en forma especial: es su concepto de la **historicidad**. Muy actualizado en estudios de esta naturaleza, hace de la historicidad la base misma del cambio de toda existencia, material o espiritual. Todo cuanto existe, está afectado por ella, aunque no de historia, precisamente. Pero incluso la historia misma y la misma literatura. Y con ellas, el hombre y el mundo.

VII

El educador y el escritor

El acto de enseñar es por naturaleza un acto creador. Y creador, porque exige de quien enseña una especial aptitud para la sistematización y recreación de la materia cultural. También porque demanda una alta capacidad de comunicación simpática.

Para el educador, en sentido estricto, cada clase, cada contacto con los alumnos constituye un "acto nuevo", consistente en develar aquello que permanece oculto, aquello que es desconocido y puede conocerse. Es "acto nuevo" también porque cada instante es un despertar de vocaciones, un conocerse y convertirse en generador de su propio aprendizaje y de su propia formación. Por eso el proceso de enseñanza-aprendizaje, cada vez que se lo ejercita se convierte en acto único, en acto singular, tanto para el alumno como para el profesor.

Dijimos que Alfonso Reyes fue un Maestro en el Arte de Educar y un Maestro en el Arte de Escribir. Y es que escribir y educar fueron para él actividades creadoras de una misma raíz, dos formas de vivir y hacer vivir. ¿Qué otra cosa más bella, noble y generosa se podría pedir al hombre? Alfonso Reyes educador, queda definido en estas líneas de su "Prólogo":

"Lo mejor de nuestra obligación se lo lleva la juventud, cuando hemos llegado a aquella edad en que nada se ambiciona tanto como transferir a tierra nueva el arbusto que nos ha tocado educar. En la cara de la juventud que me escuchaba fui buscando mi rumbo; y orientado así magnéticamente, procedí después a una laboriosa refundición de mi materia".

Y su sensibilidad de escritor, de captador de formas y esencias del paisaje, tanto humano como natural, se expresa en esta cita final:

"Evoco los días transparentes, de grata compañía y fecundo trabajo, que pasé en la tierra michoacana, tan impregnada de sabores vernáculos: cuna y teatro de ideas y hazañas transcendentales para la formación nacional; pintoresca y gustosa: maestra del buen trato y de la dulcería mexicana: aromada de cafetales; amena orilla de pescadores que perpetúan el misterio secular de sus danzas y llevan a los usos diarios un inefable soplo artístico; coqueta en su cielo y en su suelo, donde se han citado todos los colores de la naturaleza; refrescada de episódicos lagos, donde la geografía misma parece que quiso dar alivio al espíritu".

Hasta aquí Alfonso Reyes, el muy querido y universal Maestro mexicano que supo vivir y morir en Literatura.

Notas

1. Un análisis interpretativo bastante original sobre la sensibilidad artística de Reyes y su escritura estética, puede verse en el sugerente libro de James Willis Robb: **El estilo de Alfonso Reyes** (México: Fondo de Cultura Económica, 1965).
2. Alberto Zum Felde, Crítico y ensayista uruguayo, es quien sostiene, con objetividad, esa tesis. Ver **Índice Crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas**. (México: Editorial Guaranía, 1954), pp. 549-553.
3. Op. cit., pp. 551 y ss.
4. Enrique Anderson Imbert, **Historia de la literatura hispanoamericana** (México: Fondo de Cultura Económica, 1954), II, p. 141.
5. Al concluir la Segunda Parte de **El deslinde**, p 281, Reyes anota: "Ya, a lo largo de una vida consagrada a las letras, nos han sobrado ocasiones para cantarlas con acento placentero. Aquí no era caso de cantar, sino de definir" (Subrayado Nuestro). **Obras Completas** (México: Fondo de Cultura Económica, 1963).
6. Guillermo Torre, **Tres conceptos de literatura hispanoamericana**, (Buenos Aires: Editorial Losada, 1963), p. 79.
7. Alfonso Reyes, **El deslinde**, **Obras Completas** (México: Fondo de Cultura Económica, 1963), XV, pp. 31-32.
8. Alfonso Reyes, *Ibid.*, pp. 32-33.
9. Reyes, op. cit., p. 78.
10. Reyes *Ibid.*, pp. 88-89.
11. Reyes, *Ibid.*, p 83.
12. Reyes, *Ibid.*, p. 79.
13. Reyes, *Ibid.*, p. 48.
14. Reyes, *Ibid.*, p. 74.
15. Reyes, *Ibid.*, p. 74.